

La cara oculta de la escuela. Educación y trabajo en el capitalismo

M. Fernández Enguita
Madrid, Siglo XXI, 1990

Educación para el trabajo: una lectura polémica

En su último libro, Mariano Fernández Enguita vuelve a plantear uno de sus objetivos de estudio preferidos: las relaciones existentes entre el mundo de la educación y el del trabajo. Esta obra, frente a otras producciones suyas, nos ofrece, sin embargo, una forma de mirar diferente, derivada en parte de algo que él nos confiesa: su deliberado intento de cambiar de rumbo, de dejar de analizar la escuela en tanto que institución predominantemente transmisora de ideología, para pasar a preocuparse por las prácticas sociales materiales que tienen lugar en su interior. Dicho en otros términos, se propone abandonar una concepción mecanicista del materialismo histórico, que relega la educación al terreno de la «superestructura y privilegia la inculcación de valores simbólicos entendidos como «falsa conciencia», por considerarla poco adecuada para dar cuenta de las funciones que cumplen las instituciones educativas escolares.

Volvemos luego a esta cuestión metodológica y epistemológica central con el fin de intentar dilucidar si realmente el autor ha logrado desasirse de unos esquemas de análisis un tanto rígidos, marcados por un cierto economicismo, o, si sigue en parte aprisionado en ellos, lo que le impediría conseguir las metas que se ha marcado. En todo caso este cambio de enfoque no solo confiere a este libro dimensiones de las que carecían ensayos suyos anteriores, sino que al estudiar las «correspondencias» escuela/trabajo desde una perspectiva socio-histórica despierta una mejor comprensión y un mayor interés en el sector ya que, al evitar una aproximación ahistórica y atemporal, capta con mucha más profundidad y precisión las transformaciones, los cambios, los procesos reales que han tenido lugar tanto en el ámbito de las relaciones de producción como en el de la educación formal.

En este sentido, y partiendo sobre todo de la Edad Media, aporta una gran cantidad de materiales y reconstruye la lógica de las modificaciones acaecidas en el campo de la producción y de la enseñanza a partir de las investigaciones realizadas por analistas sociales críticos no solo sociólogos, sino también historiadores, economistas, antropólogos, filósofos, pedagogos... Todo ello confiere a *La cara oculta de la escuela* complejidad y riqueza, al tiempo que le permite desmitificar la historia del proceso de producción capitalista y la historia de «la escuela». Evita, en consecuencia, una visión continuista, evolutiva y de progreso lineal de los procesos socioeconómicos y saca a la luz las resistencias provocadas por la imposición del trabajo forzado y, en menor medida, por la escolarización obligatoria.

Así pues, estamos ante un libro de tesis, en el que se hace un gran acopio de apoyos documentales, escrito con agilidad y decisión. Hay sin duda que agradecer a su autor que nos permita a todos los que estamos interesados por los problemas educativos apasionarnos con la lectura de su último trabajo que podría ser en realidad uno de los primeros análisis genealógicos de la «formación profesional». Pero precisamente por eso, porque estamos ante una obra que obliga a reflexionar, que estimula al debate, quisiera avanzar algunas anotaciones críticas.

La escuela de las letras frente a la escuela del trabajo

Mi principal desacuerdo con el autor proviene de una diferencia de perspectiva, o si se prefiere de paradigmas, ya que al operar a partir de unas categorías de pensamiento en las que sigue estando presente el determinismo económico; al aceptar el carácter determinante de las relaciones de producción —aunque sea en última instancia— sobre las relaciones políticas y sociales, las interrelaciones entre escuela/trabajo, es decir, lo que constituye el objeto de análisis, resulta casi una petición de principio. En consecuencia y pese a que el subtítulo del libro es «educación y trabajo en el capitalismo» la primera parece seguir ocupando una posición de dependencia excesiva respecto al segundo. La escuela en la actualidad —se afirma prepara para el mundo del trabajo— «no ya en términos cognitivos —que también—, sino y sobre todo en términos de actitudes, disposiciones, formas de conducta y aceptación de las reglas imperantes». Y en ocasiones la lectura de los textos se fuerza aún más, y prácticamente se llega a afirmar que la escuela prepara «directamente» para el mundo de la producción. Me pregunto si en su admiración por Bowles y Gintis, Mariano no llega a extrapolar sus conclusiones a otros momentos históricos. Esta ambigüedad de fondo alcanza casi la contradicción en párrafos como este: «Por consiguiente, resulta claro que las escuelas antecieron al capitalismo y la industria y se siguieron desarrollando con ellos por motivos ajenos a ellos. Sin embargo, puede afirmarse que, desde un cierto momento de despegue del capitalismo, al que sería tan difícil como ocioso poner fecha, las necesidades de éste en terminos de mano de obra han sido el factor más poderoso que ha influido en los cambios acaecidos en el sistema escolar en su conjunto y entre las cuatro paredes de la escuela».

Partir de un postulado de subordinación tan fuerte del sistema educativo con respecto al capitalismo es un obstáculo para entender cómo las escuelas se siguieron desarrollando bajo el capitalismo y la industrialización *por motivos ajenos a ellos*, y cuáles fueron esos motivos, es decir, impide vincular «la escuela» a otros sistemas de dominación que no sean las formas laborales de explotación. Posiblemente tendría importancia conocer no tanto un «origen primigenio» cuanto el momento histórico a partir del cual se ha generalizado la concepción según la cual la escuela ha de funcionar como una empresa y ha de preparar para la inserción del mundo del trabajo y en qué medida esa concepción se ha materializado.

Personalmente no creo que pueda afirmarse que las llamadas escuelas de primeras letras, los colegios de jesuitas, o incluso la escuela pública que se hace obligatoria a finales del siglo XIX —a principios del XX en España—, por citar sólo algunos ejemplos de instituciones «escolares» tuviesen como una de sus funciones «principales» preparar para el trabajo. En realidad uno de los factores que induce a confusión en la genérica referencia a la escuela. Bajo esa rúbrica se esconden instituciones educativas de distinta naturaleza, surgidas en épocas muy diversas y dirigidas a distintos públicos. Es cierto que el libro, en su parte histórica, se centra

fundamentalmente en instituciones «educativas» dirigidas a los niños procedentes de las clases populares —maestros artesanos, orfanatos, work-houses, hospicios, escuelas anglicanas de Hannah More...— en las que el trabajo infantil era muy importante, pero lo que queda sin explicar son las razones por las que esos centros del Antiguo Régimen fueron desbancados por un modelo de escuela que es una versión empobrecida de «la escuela de letras» jesuítica dirigida a niños y jóvenes del estado medio.

Frente a una unilateral imbricación entre la escuela y el trabajo —sesgo presente incluso en análisis tan interesantes como los de Paul Willis—, me pregunto si a partir de las hipótesis desarrolladas por Karl Polanyi (*La gran transformación*) y por Durkheim (*Historia de la educación y de las doctrinas pedagógicas*), no se podría estudiar el nacimiento de la escuela pública —institución que sacó a los niños de la calle y de las fábricas— como una estrategia derivada de la crisis del liberalismo económico y al servicio del Estado interventor. En este sentido la escuela estaría más encaminada a desempeñar funciones políticas y sociales, de control y de integración, que de preparar para el rendimiento productivo. Su función primordial ya no sería tanto preparar para el trabajo cuanto preparar para el consenso e impedir un tipo de desagregación social puesta de manifiesto por el pauperismo que convertía a los trabajadores en una permanente amenaza

para el orden social. Quizá la escuela de las letras triunfó sobre la escuela del trabajo porque al inculcar conocimientos limitados y al producir sujetos individualizados los desclasa y los reclasa, es decir, les otorga una identidad social que responde a una política de seguridad social.

El estudio en profundidad no tanto de las homologías estructurales, de los isomorfismos existentes entre distintas instituciones, cuanto sus diferencias permitiría poner sordina a expresiones como «salta a la vista el paralelismo entre la posición del estudiante y del trabajador asalariado», o, «la escuela reproduce en múltiples formas la división del trabajo imperante en la sociedad». De todos modos, y aún agudizando las diferencias, ya que de otro modo la polémica quedaría más diluida, el propio autor es consciente de que es necesario analizar las correspondencias entre «la escuela» y el ámbito productivo, y también sus diferencias. En su favor hay que reconocer además que en los últimos capítulos se recogen trabajos que no están focalizados en «la escuela» como instrumento de socialización para el trabajo. Todo el problema está en saber si el estudio de esas otras funciones no llegaría a eclipsar, o al menos a relegar, la importancia de la tesis defendida en este libro, un libro que sin duda enriquece el panorama «laboral», un tanto renqueante, de la sociología de la educación en nuestro país.

Julia Varela